

El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	En toda España, trimestre.	1'50
	» » » año	5'00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea.	0'05
	Los no suscritores, »	0'10
NÚMEROS SUELTOS.		0'15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 8 de Enero de 1893.

Año II. Núm. 28.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador ó bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no esté adelantado su importe. —Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

De la colaboración particular de
EL ECO DE LA MONTAÑA.

PÁGINAS DE MI CARTERA.

A Ernesto.

En mi anterior (1), querido Ernesto, te decía que el punto de cita, el punto á donde dirigían sus más acerados dardos los falsos filósofos era á la religión, y como consecuencia lógica, á entronizar sobre las ruínas de todo culto y de toda iglesia al ateísmo.

No pienses que lo hagan descaradamente la mayoría de ellos, siguiendo las huellas de tu ídolo Voltaire, sino que se encubren muchas veces con el manto de la hipocresía para poder herir con más fuerza á la Iglesia y á Jesucristo; buscan muchas veces las sombras, porque no pueden resistir la luz de la sana crítica, y otras veces imputan á otros los libelos que han salido de su pluma.

Es tan cierto lo que te digo, Ernesto, que en ningún otro filósofo lo encontrarás tan palpablemente como en Voltaire. Manda *La Doncella* á Federico de Prusia, al pedirle dicho Rey por el amor de Dios; hace una edición clandestina, como todas las obras de las tinieblas, y al ver el grito de indignación que despertó en el pueblo francés la publicación de tan escandaloso poema, ultrajando á una de las glorias más puras de la Francia, á Juana de Arco, á la religión y á la virtud, escrib: que es necesario prohibir la venta de esa obra de ignominia, y la denuncia él mismo á los magistrados de Ginebra, y por más que hubiese escrito que la *mentira no es un vicio sino cuando daña*, no tiene reparo en imputar á otro el fruto salido de su envenenada pluma y de su corrompida alma.

Á nadie mejor que á Voltaire, Ernesto, se le pueden aplicar estas palabras del ilustre Balmes; «El hombre en semejantes circunstancias, (profesando odio á la Religión, ora por un funesto extravío de ideas, ora por mirarla como un obstáculo á sus pasiones ó á sus particulares desig-nios), siéntese, por decirlo así, en guerra consigo mismo, porque tiene que sofocar los gritos de su conciencia propia; con el linaje humano, que protesta contra la doctrina insensata empeñada en desterrar de la tierra el culto de Dios. Por esto se encuentra en los hombres de esta clase un fondo excesivo de rencor y despecho, por esto sus palabras destilan hiel, por esto echan mano de la burla, del insulto, de la calumnia.»

No pienses que la opinión que tengo formada de dicho filósofo sea efecto de haber leído á ultramontanos recalitrantes, no; la he tomado del sabio Obispo de Orleans; pero si rechazas la autoridad del ilustre Monseñor Dupanloup, te ruego leas

(1) Según nota del Autor, el primero de los artículos de esta serie fué publicado en el núm. 70 de *El Olotense*.

sus cartas, dirigidas á los señores concejales de París, que se publicaron con motivo del centenario de Voltaire y de Rousseau, y verás con textos irrecusables que, según Lamartine, puso la filosofía á los pies de la manceba de Luis XV; según La-Harpe, convirtió el vicio en juego, en escuela el escándolo; según Joubert, arrebató á los hombres la severidad de la razón; según *El Journal des Débats*, su filosofía volvióse excelente para trocar la fiesta en llanto, los palacios en cárceles, las artes en barbarie; según Renán, no fué amante de la ciencia seria, libre y grave; según Sainte-Beuve, su vida fué una continua comedia; Beranger, llegó á cobrarle odio, al leer el poema con el que atacaba á Juana de Arco, verdadera divinidad patriótica, que desde la infancia fué objeto de su culto; según Luis Blanch, perdió con sus bajezas cuanto constituye un corazón altivo y un alma viril, y á quien, por último, Víctor Hugo, el inspirado poeta moderno de la Francia, le llama mono del genio, misionero del diablo, sofista y falso sabio.

Ya ves, Ernesto, como es juzgado por algunos de los más encarnizados enemigos de la Iglesia, y el mismo Rousseau, atacaba sus escritos en estos términos: «Alma ruin, en vano tratas de envilecerme á tí misma; la lúgubre filosofía que profesas es la que te iguala á las bestias, pero tu ingenio declara contra tus principios, y el mismo abuso que haces de tus facultades prueba su excelencia á despecho tuyo»; y, en justa correspondencia, Voltaire decía que Rousseau era un *tunant*, un charlatán ambulante. ¡Qué filósofos y qué filosofía, Ernesto!

Hay otros sin embargo que le colman de alabanzas y debes haber leído alguno de ellos cuando piensas que su filosofía fué un passo para la civilización; mas no, no es posible, Ernesto, que te hayas alucinado hasta el extremo, pues de una cosa mala no puede nacer nada de bueno, y de seguro que si hubieses visto el revés de la medalla lo hubieras juzgado mejor, como de seguro lo juzgarás ahora. Conozco demasiado tu recto corazón para que te pongas al lado de los que dicen que *gracias á Voltaire, vivimos libres de toda traba dogmática; de este hombre que nada respetó y que por lo tanto digno es de nuestro respeto*; y porqué nada respetó, ni de humano ni de divino, le dán el pomposo título de *Pontífice de la razón y del libre pensamiento*.

He aquí, Ernesto, á donde lleva la escuela volteriana; á despreciarlo todo; á negarlo todo; al ateísmo. Vivimos en pleno siglo XVIII, en pleno volterianismo; lo que hoy día se ha dado en llamar filosofía, no son más que quimeras, locuras y absurdos; falso saber, nombres huecos que hablan más á los sentidos y á las pasiones que á la razón, invaden las inteligencias; falsa filosofía en el arte, en que la belleza de la estatua griega y el púdico pincel que matizó la paleta de tantos artistas que han dejado huellas de su inspiración y de su genio en sus vírgenes cristianas, es sus-

tituido por la estética de lo feo, á que llaman realismo; falsa filosofía en la política, en que los partidos luchan á brazo partido y no reparan, para alcanzar sus fines, ni en apostasias, ni en el deshonor y ruína de la patria; falsa filosofía en la familia; la que se ataca en su base, en el matrimonio religioso, para sutituirlo con el matrimonio civil, que no es más, como dice J. Castro y Serrano, que una transacción hipócrita entre el concubinato que asusta todavía y las nupcias sagradas en que no se quiere creer; falsa filosofía en las conciencias, en que cada uno se forja en su loca fantasía un Dios y un Evangelio; es decir, la duda, la vacilación, el ateísmo; Desgraciada de la sociedad el día de su triunfo! ¡Qué desgraciados los que no sienten á Dios en su alma! Yo que me considero hecho á semejanza de mi Dios; que mi alma es inmortal; que late mi corazón á impulsos de su gracia y de su amor; que admiro esos cielos tachonados de estrellas, como de arenas el mar; ese conjunto de soles y de mundos, toda esa armonía universal que con voces de admiración y de reconocimiento canta y alaba las grandezas de mi Dios, Dios sabio, poderoso y fuerte; yo que me considero grande por su misma grandeza, que tengo la esperanza, la santa, la consoladora esperanza de reposar, como dice Tehnisou, allí donde reposan los que están cansados, en el cielo, don que Dios me ha prometido en su inmensa misericordia, me consideraría una criatura despreciable, perdida toda mi grandeza desde el momento que perdiese la inmortalidad de mi s-r, de mi alma; pues todos mis altísimos pensamientos, mi ardentísimo deseo de unirme con los seres que más he querido, amado y respetado, origen de mi existencia y fruto de mis entrañas se desvanecerían, y solo me quedaría la realidad, la sola y triste realidad de la fría y repugnante muerte materializada, de la muerte, que para nosotros los cristianos es el principio de la vida.

Me he extendido demasiado, Ernesto, y en mi siguiente trataremos del mismo tema. Para concluir te diré con Lamartine: «Para extinguir á Dios en mi alma, sería menester aniquilar á la vez mi inteligencia y mis sentidos.

CLAUDIO.

El regalo de los Reyes Magos.

Á MI MUY QUERIDO PRIMITO PEPE NEWGART.

El ángel de la muerte había batido sus alas sobre aquel pobre hogar.

El silencio del dolor reinaba en sus muros, cubiertos por los incesantes copos de nieve que descendían silenciosos del cielo.

En una de las habitaciones de aquella retirada vivienda, y al lado de ancha chimenea en la que